

Leyendas y Narraciones Japonesas. No. 9.

EL BRAZO DEL OGR0.

Traducción de
Gonzalo J. de la Espada.



KOBUNSHA,
PUBLISHERS,
3, MARUYACHO, TOKYO.

製複許不有所權版
Es propiedad. Derechos reservados.

西文日本昔噺第二輯ノ九

羅生門

大正三年五月八日印刷

全 五月十四日發行

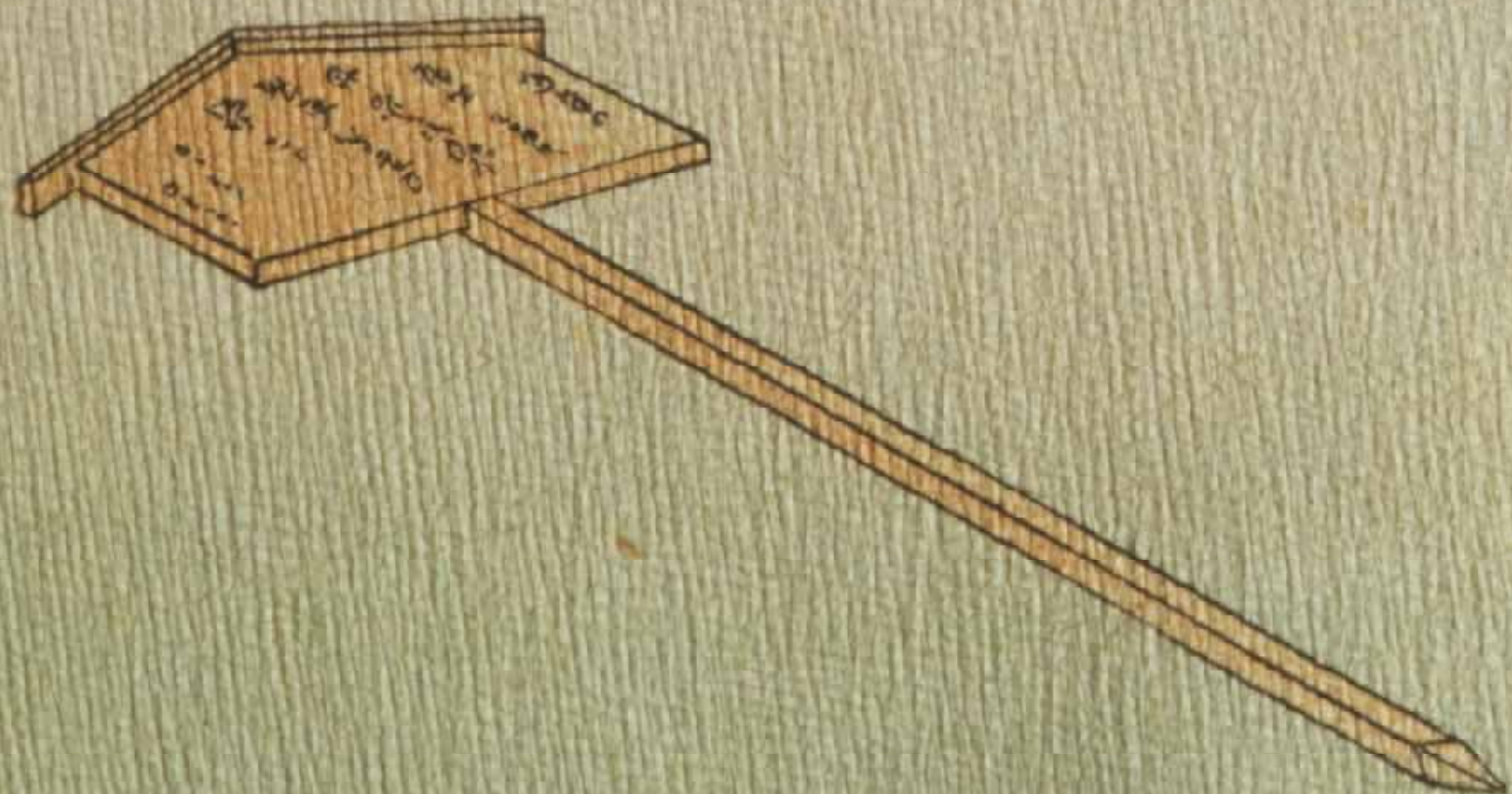
譯者 エスバダ

東京市下谷區上樓岸町十七番地

發行者 長谷川武次郎

全 京橋區弓町十五番地

印刷者 柴田喜一



El Brazo del Ogro.

EN tiempos muy antiguos, vivía en una montaña llamada Oyéyama una caterva de ogros feroces. El jefe de ellos se llamaba Siutendoyi, y tanto él como sus compañeros se presentaban de vez en cuando en la ciudad de Kioto, donde sembraban el

terror por sus innumerables tropelías. Entraban por la poterna llamada Rasiomón, robaban y mataban á cuantos se ofrecían en su camino, sin perdonar á las mujeres ni á los niños.

Por aquel entonces vivía en Kioto un valeroso guerrero llamado Minamoto-no-Raiko. El tal Raiko tenía cuatro hombres de armas igualmente bravos, entre los cuales descollaba por su audacia el que tenía por nombre Tsuna. La fama de estos cuatro guardias de corps se extendía á lo lejos.

En tiempo de guerra combatían

siempre juntos, y en días de paz vivían en el castillo de Raiko, su Señor.

Cierta noche, oscura y tempestuosa, en uno de los períodos de paz, nuestros cuatro guerreros estaban reunidos al amor del brase-ro, pasando el tiempo lo mejor que podían con la narración de historias de guerra y de aventuras.

“Tristes tiempos corremos,” dijo Tsuna al cabo de un rato. “¿No hay noticias de guerras ó batallas por ningún lado? ¿Ni un mal combate? ¿Cómo me aburre esta vida ociosa!”



“¡Sí, hay noticias!” dijo uno de los caballeros que acababa de entrar en aquel instante. “Los ogros vuelven á hacer de las suyas.”

“¡Los ogros!” exclamaron los compañeros, en voz temblorosa de emoción y terror. Pero Tsuna se echó á reír con toda su alma, y dijo: “Pero ¿es que creéis en esos cuentos de abuelas?”

Sus compañeros no respondieron, pero movían la cabeza, con cara triste y ojos bajos.

Finalmente el que había traído la noticia se encaró con él y le dijo: “Tsuna, puesto que niegas la existencia de los ogros, ¿que-

rrás ir esta noche á Rasiomón y hacer centinela?”

“Cierto que iré,” respondió Tsuna, “y solo, si es presiso; aunque creo que me será conveniente la compañía de uno de vosotros.”

Pero todos protestaron, diciendo que habían combatido y estaban prestos á combatir con un enemigo leal y honroso, pero que ni podían ni querían habérselas con ogros.

Entonces Tsuna se levantó y comenzó á prepararse para la expedición.

“¿Cómo podremos saber,” observaron los camaradas, “si vas en

verdad á Rasiomón? ¿Qué prueba nos vas á dar?”

“Todos conocéis el cartel escrito en una tabla y colocado precisamente en la puerta del castillo. Hoy mismo se ha fijado en él un nuevo edicto. Pues bien, si yo llevo la tabla, con el edicto y todo y la clavo en Rasiomón para que todos puedan verla mañana por la mañana ¿quedaréis convencidos, ya que mi palabra de honor no es suficiente?”

Todos afirmaron que quedarían satisfechos y le desearon feliz viaje.

Aquella misma noche, montado

en su caballo y provisto de la tabla de los edictos, Tsuna marchó solo á Rasiomón y allí esperó la llegada del enemigo, real ó supuesto.

Ni un alma se veía ni pasaba por la puerta; todo el mundo tenía miedo de los ogros. Además venteaba y llovía, y la noche era negra como boca de lobo. Nuestro impávido guerrero montaba la guardia solitario: nadie venía. La noche iba de vencida, el alba iba á despuntar, la tempestad se había calmado, cuando una mano avanzando sobre el alero de la puerta, hizo presa en la cabeza

de Tsuna.

Allí, encima de él, estaba un ogro de cara horrible, con la cabeza coronada de dos cuernos de cobre. Con mano huesuda y fuerte volvió á atenazar la cabeza de Tsuna, tratando de arrebatársela.

Sorprendido y aterrado, Tsuna hubo de confesarse que aquel debía ser el famoso Siutendoyi, de cuya existencia había dudado. Pero no era aquel momento para meditar, y Tsuna, agarrando al ogro, trató de arrojarlo en tierra.

Y se trabó un combate feroz. Pero Tsuna, cuya fuerza era infe-





rior á la del ogro, habría sido sin duda levantado del suelo si no hubiera conseguido librar una de sus manos de los abrazos del ogro. Con la mano libre sacó su espada y dió un tajo terrible en el brazo del ogro. El brazo cayó, separado del hombro, y el ogro huyó, lanzando un bramido espantoso. Como era inútil pensar en darle caza, Tsuna resolvió cargar con el brazo y volver al castillo de Raiko.

A la mañana siguiente Tsuna fué con sus amigos á consultar con un famoso hechicero, llamado Seimei, lo que convenía hacer



con el brazo de Siutendoyi. Seimeï le aconsejó ponerlo en un cofre de piedra bien sólido y vigilarlo día y noche durante una semana.

“Pero,” añadió Seimeï, “debes purificarte por el ayuno y la oración y pasar esos siete días en la contemplación divina, sin tener relación con nadie. Si no haces lo que te digo al pie de la letra, preveo que te ocurrirá una gran desgracia.”

Entonces Tsuna hizo preparar un cofre de piedra muy sólido, metió en él el brazo del ogro y después de purificarse por el ayu-

no y la oración, se sentó solo para vigilarle. Se cerraron las puertas y no fué admitido ningún visitante. Solitario y sumido en la contemplación divina, Tsuna montó la guardia.

Una noche, cuando habían casi transcurrido los siete días y las siete noches, llamaron á la puerta.

“¿Quién va allá?”

“Soy tu anciana tía del campo,” respondió una voz débil y cascada. “¿Hazme el favor de abrir!”

Tsuna respondió: “Un voto me impide trabar conversación con nadie, hasta que hayan pasado

siete días. No puedo abrir la puerta ni á mi misma tía."

"Ya lo sé," respondió la voz; "pero ¡vengo de tan lejos para verte! Estoy muy cansada, los pies me duelen. ¿Serás capaz de negarme la entrada?"



Tsuna se resistió aún algún tiempo; pero al fin se dejó persuadir y abrió la puerta.

"He oído hablar de tus haza-



ñas,” dijo la vieja, “y he venido de tan lejos para decirte cuán orgullosa y feliz me hace un sobrino como tú. Y dime, ¿dónde tienes el brazo del ogro?”

“En esa caja,” respondió Tsuna.

“¿De veras?” replicó la anciana.

“¡Oh, qué cosa! ¿Querrás creer que, á pesar de mis años, nunca he visto tal objeto? Déjame verlo.”

“Lo siento muchísimo, pero mi voto me lo prohíbe. Tengo que esperar que pasen los siete días.”

Al oír esto la vieja rompió á llorar amargamente.

Tsuna tenía un corazón demasiado sensible; no pudo resistir

mucho tiempo y levantó la tapa del cofre para que pudiera echar una ojeada. Pero la fingida tía se apoderó del brazo y recobrando su forma verdadera, la de ogro, se escapó gritando:





“¡Ya tengo otra vez mi brazo!” En verdad, no era otro que el ogro Siutendoyi. Tsuna, vuelto de su sorpresa, dió un salto; pero era tarde: el ogro había desaparecido.

El guerrero, triste y avergonzado, fué á ver á Raiko y le contó lo sucedido. Raiko llamó á sus leales y todos juraron solemnemente matar á los ogros atacándolos en sus montañas de Oyeyama, ó perecer en la demanda.

Traducción de Gonzalo J. de la Espada.

